

## 12. El agua de la vida.

Durante mis viajes de ida y vuelta entre Afganistán y los Estados Unidos, en ocasiones me detenía en Europa para hacer consultas con colegas y visitar a amigos. En 1990 hice un viaje especial a Suiza para discutir los proyectos de nuestra Fundación en los campos de refugiados con el personal de la oficina del Alto Comisionado para Refugiados de las Naciones Unidas. Una tarde paseaba por la zona comercial de Ginebra cuando advertí un bello collar que se exhibía en la vidriera de una joyería. Un vendedor bien vestido me invitó a entrar y dijo con afecto:

-Es un verde como ningún otro igual, un irresistible verde luminoso. No hay nada como el efecto de poner una esmeralda junto a un diamante.

Yo admiré el collar que me mostraba este comprador de gemas y recordé la fotografía de un collar *Bulgari* que una vez había visto en un anuncio publicitario. En verdad sabía muy poco respecto a la calidad de una esmeralda afgana que yo llevaba conmigo, pero me habían dicho que era una gema excelente. Yo había venido a esta zona comercial con la esperanza de conseguir que un comprador se interesara por ella. Abrí una pequeña bolsa de cuero y dejé caer la esmeralda en mi mano. El comprador se aproximó para examinar la gema que yo acababa de traer de regreso de la frontera noreste de Afganistán y Pakistán. Extendí la palma hacia delante y él tomó la gema.

Después de estudiarla por un breve momento preguntó: - Sí, puedo ver que es una esmeralda afgana. ¿Tienes otras como está?

-Sí, puedo conseguir otras como está. Trabajo en esa parte del mundo. Allí tengo amigos en el negocio de las gemas.

No se trataba exactamente de amigos. Eran gente muy agradable que había logrado conocer cerca de Chitral en el norte de Pakistán. Ellos comerciaban solo con esmeraldas y poseían enormes cantidades de ellas, en su mayoría de una calidad inferior a la que acababa de mostrarle al comprador suizo. Yo había entrado en contacto con comerciantes de esmeraldas cuando estaba en el extremo norte de Pakistán para investigar qué es lo que nuestra Fundación podía hacer para ayudar a los refugiados afganos asentados allí. Uno de mis conocidos afganos en Peshawar, Mohammad Shah, era de esta zona. Fui allí porque me invitó a visitar a toda su familia que vivía a una

distancia corta en Afganistán, del otro lado de la frontera pakistaní. Los comerciantes de esmeraldas que conocía eran ismaelíes, seguidores de Karim Aga Khan.

Los ismaelíes son bastante numerosos alrededor de Chitral y pronto me reuní con algunos de ellos. A pesar del prejuicio común entre los afganos contra los ismaelíes, quienes son vistos como herejes, me parecieron bastante cultos y piadosos. Varios afganos me habían contado historias extrañas y exageradas acerca de los ismaelíes. Se decía que durante sus reuniones religiosas nocturnas, en el punto máximo del fervor devoto, las velas se apagaban y todos ellos participaban en una orgía sexual en la oscuridad resultante. Esta es una acusación habitual y constituye una afirmación extrema y muy despreciativa en esta parte del mundo. Refleja la intolerancia profunda y la incompreensión de otras creencias, de la cual con frecuencia fui testigo en Afganistán. A medida que logré conocer a los ismaelíes, llegué a comprender que ellos siguen el Corán como todos los otros musulmanes. En lo doctrinario, ellos están más cerca de los chiítas, por el hecho de que creen en el fuerte papel de guía del líder espiritual de su comunidad. En términos cristianos, ellos se asemejan más a los católicos que a los protestantes; la autoridad del Papa para los católicos podría compararse a la función que tiene el imán como líder espiritual para los chiítas. Los musulmanes afganos sunitas se asemejan a los protestantes, quienes niegan tal función para un ser humano y en lugar de eso adoran a Dios sin intermediarios.

Los ismaelíes están estrechamente relacionados con la secta chiíta del Islam, que son mayoría en Irán y una minoría en la mayoría de los otros países islámicos. Los chiítas también son llamados los “*duodécimos*” porque ellos creen en la guía perdurable de los primeros doce imanes, o líderes religiosos, en la línea de los descendientes de Fátima, la hija del Profeta Muhammad, y de su esposo Alí, primo del Profeta. Los ismaelíes difieren de los duodécimos, en que ellos solo aceptan a los primeros siete imanes descendientes de Fátima. De ahí que a ellos también se les llama los “*Septenarios*”<sup>\*</sup> En varios versos del Corán al número siete se le asigna un significado metafísico. Los ismaelíes creen que Ismael, el séptimo imán, ha completado un ciclo cósmico de la revelación profética. Después de su muerte, estos septenarios rechazaron la autoridad de Musa Kasim, el hermano de Ismael, y en lugar de eso comenzaron a

---

\* Nota. del Traductor: En Inglés: “Sevensers.”

seguir a una línea de imanes que llega hasta el actual Aga Khan. Los ismaelíes ubican a su imán en una posición de autoridad espiritual aún más alta que la que lo hacen los chiítas, en la práctica casi deificándolo.

Los ismaelíes de la región han compuesto algunas obras de literatura y de poesía de gran calidad. El viajero y escritor más famoso fue Nasir-i Khusraw. Él utilizó la poesía persa como un vehículo para la transmisión de las enseñanzas ismaelíes. Murió en el exilio en el remoto norte de Afganistán en el siglo once.

Dado que la secta considera que este mundo está alienado de su origen divino, y es un lugar de corrupción y confusión, no es sorprendente encontrar en la poesía de Khusraw estrofas como estas:

Para el sabio observador, las interacciones del mundo  
son relaciones de imágenes, diseños que llenan una pared;  
¿Cómo pudiste resultar engañado así por tales acontecimientos  
a menos que tu mente estuviera llena de confusión y defecto?  
Debes saber que cuando te ofrecen un ramo de flores  
no es un ramo, tan solo es una mata de espinas.  
Su fruta no tiene fragancia ni verdadero color;  
su tejido no tiene hebras de urdimbre, tampoco trama.<sup>20</sup>

Algunos estudiosos de religiones comparadas han identificado en el pensamiento ismaelí inicial un impacto gnóstico-dualista a través de la influencia del Maniqueísmo. El Maniqueísmo fue una de las antiguas religiones gnóstico-dualistas que postulaba la existencia del bien y del mal como dos absolutos opuestos. Esta doctrina es contraria a la metafísica unitaria que considera al mal como una privación del bien, no como un absoluto. El pensamiento occidental en sus comienzos también fue afectado por el dualismo gnóstico, el cual reforzó en el Cristianismo las nociones sobre un mundo corrupto y malvado, apartado de Dios. Es probable que debido a mi crianza en la belleza indescriptible de Tahití y la deslumbrante costa del norte de California, este tipo de dualidad nunca tuvo ningún sentido para mí. En realidad yo siempre había percibido exactamente lo opuesto: que la Divinidad se manifiesta en la belleza e incluso en la vertiginosa confusión del mundo.

Los ismaelíes constituyen una mayoría en ciertas áreas del norte de Afganistán, en especial alrededor de Dowshi y Pul-i Khumri. El líder local de los ismaelíes afganos, Sayyid Mansur, mantenía una residencia en Kabul, la cual visité en 1990. Yo estaba oficiando de traductor para Antonio Donini de las Naciones Unidas en su cita con la familia del líder. El gobierno marxista, con el cual los ismaelíes habían fraguado una alianza, aún estaba en el poder en esa época. Los ismaelíes, históricamente una minoría perseguida, sentían que ellos necesitaban protección contra los islamistas fanáticos e intolerantes que querían barrer su secta.

Mientras a Antonio y a mí nos daban la bienvenida en el vestíbulo de la casa bien amueblada de Mansur, nos dimos cuenta de una pintura enorme en la pared, se trataba de un hombre viejo impresionante, con una mirada penetrante. Antonio preguntó sobre el cuadro. Nuestro acompañante respondió que este era el más santo de los hombres, el guiado por la divinidad Hassan Sabbah. Traduje para Antonio y agregué algunos otros datos del contexto histórico.

Dije: - Ya ves Antonio, en verdad Hassan Sabbah es uno de los personajes más famosos en la historia islámica, e incluso ha tenido impacto en la historia de Occidente.

Antonio respondió: - Nunca había escuchado hablar de él. ¿Qué impacto ha tenido en la historia de Occidente?

- Nuestra palabra “asesino” deriva del nombre dado a los miembros de su secta que actuaban en la época de las cruzadas en el Medio Oriente. Se los llamaba *fedayeen* y *hashasheen*, esto último significa “consumidores de hachís”. Gran parte de su historia es especulación; es difícil saber exactamente que fue lo que ocurrió. Una leyenda bien conocida sostiene que un pequeño ejército de asesinos fue enviado al mundo islámico para matar a líderes religiosos y seculares que se oponían a la secta. Estos asesinos no tenían miedo porque habían sido adoctrinados para creer que cuando muriesen entrarían al paraíso de inmediato, tras haber llevado a cabo las órdenes de su líder carismático. Los detractores afirman que parte de este adoctrinamiento consistía en lograr que los seguidores estuviesen bajo los efectos del hachís y del vino. Cuando un seguidor estuviera con su conciencia alterada por las drogas y se desvaneciese, se le llevaría a un lugar especial preparado para su adoctrinamiento. Se despertaría en un escenario

espléndido rodeado por fuentes, pájaros y jóvenes hermosas listas para atender sus deseos. Después de un breve lapso de tiempo entregado al placer, otra vez sería drogado y traído de vuelta al lugar inicial. Al despertarse a la vida normal, quedaría en su memoria el paraíso que le esperaba si seguía las órdenes del jefe de la secta.

Antonio preguntó:

- ¿Este hombre en la pared es ese mismo líder carismático?

- Sí, pero es obvio que sus seguidores tienen una visión muy diferente de él. La forma en que ellos entienden el asunto es mucho menos exótica: creen que él tuvo acceso directo al mundo espiritual donde recibió orientación. Algunos lo consideran como alguien casi divino; por medio de su santidad muchos dicen haber recibido iluminación espiritual.

A menudo descubrí que con mi nuevo trabajo en las Naciones Unidas yo era capaz de actuar como un comentarista cultural. La mayoría de la gente con la que trabajaba solo tenía un conocimiento superficial de la cultura afgana e islámica, así es que pasaba muchas horas explicando la diversidad maravillosa de etnias y culturas que existen dentro de Afganistán. Esta diversidad es producto de haber estado durante miles de años en la encrucijada de muchas civilizaciones. Yo trataba de explicar la paradoja de que esta larga historia de lucha de cada grupo por sobrevivir era la que algunas veces, aunque no siempre, llevaba a una actitud de hostilidad entre un grupo étnico y otro.

Existe incluso todavía una cultura no islámica peculiar en la región, cerca de las montañas altas sobre la frontera del norte de Pakistán y Afganistán. Los afganos siempre han llamado a la gente de esta tribu *kafirs*, queriendo decir infieles o no creyentes. Ellos se llaman a sí mismos Kalash. A los miembros de esta tribu del lado afgano de la frontera que se convirtieron al Islam se les llama nuristaníes. A finales del siglo diecinueve el rey afgano, Abdur Rahman, lideró una *jihad* contra el pueblo de esta región para purgarlos de la “idolatría”. La consiguiente derrota de los *kafirs* los llevó a conversiones forzadas a lo largo del área montañosa que hoy se denomina Nuristán, la “Tierra de la Luz.”

Visité, junto con varios colegas afganos, el pequeño remanente de la comunidad kalash no musulmana en 1989. Tomamos la sinuosa carretera en nuestra camioneta cuatro por cuatro, y subimos desde Pesahwar hacia Dir y luego rumbo al norte a través de los hermosos valles a lo largo de los límites superiores del Río Konar cerca de Drosh y Chitral. Mientras nos acercábamos a Drosh, yo estaba asombrado por la vista impresionante que se desplegaba delante de nosotros. El Tirich Mir, una de las montañas más altas del mundo, se encumbraba en la lejanía, con sus laderas blancas irguiéndose por encima del Valle de Chitral. Desde allí fuimos hacia el oeste, hacia la frontera afgana y nos detuvimos en Bumburet y en otros pequeños asentamientos kafir.

Al llegar a Bumburet, las mujeres kafir estaban a la vista del público, a diferencia de las mujeres en la mayoría de las aldeas afganas que había visitado a lo largo de los años, donde todas se encontraban recluidas. La única otra oportunidad en que había visto mujeres afganas en público fue cuando visité la tribu Aimaq mucho más hacia el oeste, en el norte de Afganistán. Mientras pasábamos a través de su territorio las mujeres Aimaq se aproximaron a nosotros e intentaron vendernos frutas y otros alimentos.

Todas las mujeres kafir, en el norte de Pakistán, usaban vestidos negros y se engalanaban con capas de hermosos collares hechos de pequeñas cuentas de coral rojo. Las mujeres trabajaban en sus casas y en la tierra junto con los hombres. Sus casas eran singulares, edificadas a partir de troncos de madera moldeada e intercalados con otras capas de roca y barro. Me parecía que estas viviendas resistirían mejor los daños causados por un terremoto de lo que lo harían las viviendas de adobe estructuralmente más débiles.

Shah Mohammad nos llevó a caminar a través de la aldea y traducía el kalash para nosotros. Aquí nuestro persa parecía inservible. La gente solo entendía una parte de lo que decíamos, pero no lo suficiente como para conversar. Yo quería saber más acerca de sus creencias. Shah Mohammad y un hombre del lugar nos llevaron a un santuario, un área elevada donde había cabezas de ovejas en madera tallada que sobresalían de una pared de roca. En apariencia este era un lugar para el sacrificio de animales. También pude ver imágenes talladas de hombres que estaban colocados como guardias alrededor del área sagrada. Parecía no importarles que yo tomara fotografías de estos diversos

artefactos. En este recinto sagrado los kalash llevan a cabo ciertas danzas que parecen inducir el trance. Los tonos agudos de las flautas y tambores y la presencia mediadora de individuos chamanes que durante sus trances “hablan en lenguas” intensifican el fervor de la ceremonia que culmina con el sacrificio de una cabra.

Encontraba sorprendente que esta expresión de una forma de vida completamente diferente de alguna manera hubiera conseguido sobrevivir en el frecuente clima de fanatismo religioso de la cultura paquistaní de finales del siglo veinte. Esto solo se puede dar porque se encuentran en un lugar tan remoto y porque ha existido una presión internacional de los antropólogos para preservar lo que queda de este remanente fascinante de una tribu antigua. También hay un lado comercial en todo esto: algunos visitantes vienen específicamente al norte de Pakistán para ver a los kalash. Me encontré allí con un individuo japonés que me dijo que había venido precisamente por esa razón.

Mi gran alegría no pasó inadvertida para mis compañeros afganos que hablaban despectivamente respecto a los *kafirs*, los idólatras, y a la adoración de ídolos que ellos practicaban. En un momento dado entramos en los terrenos de un cementerio. Había ataúdes de madera colocados encima de piedras sobre el terreno. La mayoría de los ataúdes claramente eran bastante viejos, pero había uno que era de madera recién tallada. Dos de mis compañeros fueron hacia él y lo abrieron deslizando a un lado la parte superior. Yo estaba disgustado y protesté en voz alta. Grité enfadado:

-¿Qué están haciendo?

- No te enojés Sikandar. Solo queremos ver quién está adentro –dijo uno de ellos entre risas.

- ¿Cómo te sentirías si alguien abre la tumba de tus padres? –le pregunté.

- No es lo mismo, Sikandar. Ellos son *kafirs*, infieles.

- En verdad es lo mismo. ¡Este es un ser humano! –respondí bruscamente.

Ellos se molestaron con mi reacción y se alejaron hablando entre dientes. Fui al ataúd para cerrarlo y pude ver el cuerpo de una mujer joven que yacía en el interior. Ella

estaba vestida con un hermoso vestido negro, quizás del mismo tipo que usó en vida, y llevaba puesto el collar de cuentas de coral que todas las mujeres usaban.

Mientras retornábamos a Chitral el silencio en el camión ponía al descubierto nuestra discordia. Yo seguía pensando sobre la mentalidad cerrada de mis compañeros. Sentía que los últimos días que compartí con los ismaelíes y los kalash había sido una de las aventuras más interesantes de mi vida. Ellos nos habían dado la bienvenida y compartido su cultura con nosotros aunque éramos totalmente forasteros. Esto parecía pasar inadvertido para mis compañeros afganos. Tuve que traer a mi memoria a los amigos afganos educados que yo conocía, que sin duda habrían apreciado las interesantes comunidades que acabábamos de visitar.

Pensé: “Ustad Khalili o Homayon Etemadi nunca se habrían comportado como estas personas. Todo es una cuestión de educación. Estos simples compañeros míos estuvieron expuestos al fanatismo de los años de la guerra y no han crecido con los valores afganos tradicionales y más tolerantes. Ni tan siquiera es una cuestión de educación occidental versus educación no occidental”, le daba vueltas a esto mientras recordaba a los afganos analfabetos con los que me había encontrado, quienes conocían de memoria los poemas de Rumi y Hafiz, y quienes hablaban acerca de la visión compartida de todas las religiones.

Encontré un notable nivel de mentalidad abierta entre cierta gente altamente educada en el norte de Afganistán. Yo me había hecho amigo de un grupo de Naqshbandis que me aceptaron como un buscador espiritual aunque no era musulmán cuando los conocí por primera vez.

Jamaluddin Rahmatullah, un itinerante maestro sufí uzbeko del norte de Afganistán, era una persona sumamente entendida y de gran santidad con la que yo había estudiado las practicas que me condujeron a la meditación profunda. El Sufismo requiere muchos largos años de ahondar profundamente en uno mismo para experimentar los muchos niveles de teofanía, y presenciar la Realidad Divina que puede ocurrir como resultado de tales prácticas. En el Sufismo esto siempre se hace con la ayuda de un guía experimentado. Me sentí muy afortunado al tener la guía de



Jamaluddin para interpretar las experiencias con las que yo me encontraba en la meditación profunda.

Describí a Jamaluddin lo que un día había presenciado en la meditación:

- Verde, una luminiscencia verde. Eso me recuerda al verde de las esmeraldas, las mejores esmeraldas, pero es mucho más brillante y hermoso. Aparecen después de algunos de los otros colores de los que hemos hablado antes.

Jamaluddin preguntó:

- ¿Esté color se mueve o cambia?

- Sí, es igual que los otros. Se mueve. En el trasfondo mi conciencia se vuelve vasta y luminosa como el amanecer. Entonces los colores aparecen. Es como si vinieran desde el fondo de un océano hacia la superficie. Es algo así. O sino veré círculos verdes irregulares que se ondulan como olas, y se extienden desde el centro hacia el borde de una fuente, excepto que no hay nada que se parezca a un borde, solo el infinito.

- Muy bien, todo esto está bien –dijo Jamaluddin-. No te aferres a esta visión y no le des demasiada importancia a esto. Es solo una de las muchas maneras en que Dios se muestra a Si mismo en ti. Estos son Sus *ayat*, Sus signos. Él confirma la existencia de ellos cuando Él dice en el Sagrado Corán: *“Nosotros les mostraremos Nuestros signos en el horizonte y dentro de ellos mismos hasta que a ellos les resulte evidente que Él es el Real”*<sup>21</sup>. Pero háblame más acerca de ti, de tu sentido de ti mismo mientras tienes esta experiencia ¿Cómo te percibes a ti mismo durante estas visiones?

Respondí:

- El sentido de mí mismo también parece atravesar una serie de cambios. Mientras practico el no adherirme a las cosas, me encuentro a mí mismo con más facilidad en una experiencia donde existe “sólo” ahora, “sólo” aquí, “sólo” uno. Es un océano que sólo es él mismo. Los sonidos que escucho son sólo Eso, las cosas que yo veo son sólo Eso, existe sólo una belleza y extensión casi intolerable. A veces se cierne sobre los remanentes de mi auto-conciencia y me pierdo. Algunas veces hay algo así como una descarga de un trueno o una explosión de luz que me deja completamente desorientado. Algunas veces hay una completa oscuridad. Siempre me encuentro a mí

mismo de nuevo cuando emerjo del olvido. Me quedo sintiendo la más grande sensación de asombro de Él.

Tras un momento de reflexión Jamaluddin dijo:

- Muy bien, mantén tú práctica. No te aferres a estas visiones pero agradece por ellas a Dios. Ellas son como las visiones internas de árboles y fuentes que me describiste el año pasado, o como tu visión de Eva pero en otro nivel, un nivel más abstracto. Todas ellas son representaciones de las realidades divinas.

Él se refería a las visiones que yo aún tenía en la meditación, que eran las manifestaciones de significados espirituales en las formas de cosas y seres reconocibles del mundo. Cada visión que aparecía en mi imaginación me inundaba con la asombrosa sensación de la realidad espiritual particular que representaba. A menudo existía la visión de un árbol luminoso que, a medida que se tornaba más brillante, me inundaba con su representación de la vida y la majestad divina. Me encontraba con la presencia de Eva o una imagen de la divinidad femenina que sonreía al mundo. Con frecuencia veía al sol elevándose desde mi centro, y cómo su luz penetraba en cada recoveco de mi mente y de mi cuerpo, purificándolos por completo. Y luego había estas visiones que eran imposibles de describir, tan sólo decir que se manifestaban en colores y formas que no podía comparar fácilmente con nada, pero que se grababan con toda su fuerza en mi conciencia y dominaban mi estado.

Él hizo una pausa durante un largo momento de silencio. Luego empezó a hablar otra vez.

- En verdad, deberías entender que esto también es Dios que se ve a Él Mismo en ti. Simultáneamente tú tienes tu propia experiencia mientras también actúas como un espejo para que Dios se vea Él Mismo en ti. La luminiscencia verde y todas las teofanías que ves son Dios que se muestra Él Mismo a ti al tiempo que contempla Sus propias cualidades y atributos divinos que se manifiestan en ti.

Jamaluddin se estaba refiriendo a la doctrina comúnmente sostenida por los sufis de que el ser humano es creado de acuerdo a la propia “forma” de Dios, lo que los sufis interpretan como las cualidades o características de Dios. De hecho todas las religiones semíticas comparten esta creencia; se preserva en las escrituras. Los gnósticos de cada una de estas religiones han afirmado que este concepto se refiere al espejo clarificado del corazón, en el que Dios se manifiesta y se observa a Sí Mismo, de acuerdo a lo

establecido en el *hadith* canónico: “Yo era un Tesoro Oculto y deseaba ser conocido. Yo creé el cosmos para así ser conocido.”

Jamaluddin continuó hablando:

- También deberías entender que estas experiencias no son visiones de la suprema Esencia de Dios, que se halla más allá de nuestra capacidad de percepción. Estas teofanías de las que tú has sido testigo son los signos de la gloria divina. El verde que tú ves representa el *Hayy*, “el Viviente”, el cual es uno de Sus más grandes atributos. Esta es la fuente de Sus muchos otros atributos. Este es el color de nuestro Guía Oculto, el maestro invisible Khizr que guía desde el más allá, desde el mundo invisible. Este es el color del Agua de la Vida. Por lo tanto bebe de la fuente que tú describes.

Por algún tiempo Jamaluddin Rahmatullah había sido mi guía en estos asuntos de experiencias internas. Él sabía que yo ya había pasado años dedicado a las prácticas meditativas. Él quería guiarme aún más lejos, más allá de los peligros y ambigüedades de las prácticas espirituales. Había quedado más claro para mí la razón por la cual la doctrina sufi sostenía que un viajero espiritual como yo no debería continuar sin un guía. Sin embargo, no necesitaba venir a Afganistán para descubrir esto. Yo ya sabía acerca de las víctimas de las prácticas espirituales y el fervor religioso por haber crecido en la Bahía de San Francisco. Mientras estudiaba las tradiciones espirituales del mundo durante los años sesenta, pude ver a cierto número de amigos y conocidos que se volvieron locos, o algunas veces solo muy raros, por practicar meditaciones exóticas u otras prácticas espirituales que inundaban las costas psicodélicas de nuestra ciudad. Durante aquellos años, a menudo la gente tomaba drogas que alteraban la conciencia con la esperanza de vislumbrar a Dios. De la misma manera, el consumo de drogas también era frecuente en Afganistán. Jamaluddin Rahmatullah era muy crítico respecto a los derviches fumadores de hachís que vivían en la región. A mí no me sorprendía para nada. A lo largo del país había visto afganos que fumaban hachís, y no solo porque eran derviches. Desde músicos que decían que tocaban mejor hasta mujahidines que decían que combatían mejor; entre un cierto segmento de la población existía una amplia aceptación a fumar los puñados pegajosos de polen recogidos de las plantas de cannabis silvestres que crecían por todas partes.

Jamaluddin pensaba que ya era bastante peligroso el practicar la auto-depuración del *zikr*, la meditación, que traía como resultado la propia desorientación; la pérdida de la auto-organización que comúnmente llamamos personalidad y ego. A menudo él hacía hincapié en la necesidad de cultivar una conducta ética y en la necesidad del trabajo práctico, inclusive manual, en el mundo para equilibrar al individuo que se implicaba en prácticas espirituales. Él afirmaba que el practicante tenía que integrar las experiencias meditativas singulares que resultaban de esta práctica espiritual. De acuerdo a Jamaluddin, el místico necesitaba ser un miembro activo de la comunidad donde él o ella vivían.

Las prácticas que él enseñaba no eran inusuales. Eran las prácticas habituales de la orden Sufi Naqshbandí. Era la manera en que Jamaluddin y los otros aplicaban lo que era bien conocido, lo que hacía de sus prácticas algo tan especial. Lo que era extraordinario acerca de Jamaluddin era el modo en que expresaba su normalidad.

Descubrí que la aplicación guiada de estas prácticas daba como resultado una profunda conciencia de lo Divino y un sentido muy vívido de mi propia relación con esa Presencia. Se hizo claro que esto era, por un lado, una relación de indigencia y servidumbre, y por otro lado una relación de gran intimidad y amor. Una vez que probé de la fuente de la vastedad y belleza de Dios, yo solo quería experimentar esto todo lo posible.

A pesar de estas experiencias, yo no me había liberado de mis limitaciones psicológicas usuales, esas que estaban enraizadas en viejos deseos y temores. Fue la práctica de la meditación sobre un largo periodo lo que sí me permitió aclarar en forma más detallada aspectos de mi psique que había comprendido solo parcialmente, sentimientos que se escondían más allá de los bordes de mi conciencia normal. Algunas veces encontraba que mis defectos eran más dolorosos de sobrellevar que antes de haberme sumergido en mí mismo de esta manera, pero también tenía una inmensa esperanza. Con el tiempo, estos conflictos internos se fueron solucionando por sí mismos. Los conflictos aparecían más claros en mi vida, y exigían ser vistos y resueltos. Ahora estaba trabajando directamente con mis reacciones emocionales negativas que con anterioridad habían permanecido ambiguas en las sombras de mi mente. Mientras tanto, una conciencia más grande estaba creciendo con fuerza dentro de mí. Esta

Presencia se iba fijando cada vez más en mi experiencia, y era un testigo de todo lo que yo hacía.

Los términos e ideas religiosas se iban convirtiendo en experiencias. Las ideas religiosas que alguna vez me repugnaron por mi temperamento y educación secular adquirieron un significado por completo diferente, previamente inimaginable. Por ejemplo: tuve la experiencia de Dios como Existencia en sí misma, en su expresión infinita y transformadora. Rendir culto se había convertido en lo que solo puedo describir como un hacer el amor de carácter espiritual. Parece extravagante, pero me satisface el hecho de no ser la primera persona que describe la unión mística de esta manera. Hay en esta comunión una experiencia profunda de intimidad, belleza, y amor solo posible por una entrega total de uno mismo, análoga a la entrega de los mejores actos amorosos, pero dentro de uno mismo.

Estas experiencias de mi vida interna me llevaron a cierta comprensión sorprendente respecto al mundo físico que habitamos. Estaba empezando a sentir y percibir, más allá de mis facultades habituales de pensamiento y creencia, que este mundo y todos sus eventos eran una colección de símbolos que se manifestaban desde otro plano de la realidad. Comencé a darme cuenta de que los sucesos de este mundo representaban las manifestaciones, las apariciones de realidades espirituales. Se había derribado el muro entre mi conciencia más profunda y mis experiencias personales más usuales. Ahora estaba experimentando relaciones entre mis percepciones internas y externas de las cuales no había sido conciente previamente. Cuando esto comenzó a ocurrir, recordé las palabras de Platón en su “Alegoría de la Caverna”, en *La República*.

En esa alegoría, uno de los símiles filosóficos más famosos que nunca se hayan escrito, Platón comienza describiendo el destino de los seres humanos. Ellos son retratados como prisioneros dentro de una cueva, atados con tanta firmeza que son incapaces siquiera de dar vuelta a sus cabezas de un lado al otro. Ellos están frente a la pared interna de la cueva, sobre la cual se proyectan las sombras de ellos mismos y varios objetos que, sin saberlo los prisioneros, se están moviendo detrás de ellos. Los prisioneros no saben que aún más atrás, un fuego que arde en dirección a la entrada de la cueva, emite la luz que produce las sombras que ellos están viendo. Las voces y

sonidos que están detrás de ellos producen un eco al chocar contra la pared y los prisioneros interpretan esto como sonidos que provienen de las propias sombras.

De acuerdo a Platón, para cualquiera de estos prisioneros humanos, sería poco probable y difícil que pudieran aflojar sus ataduras lo suficiente como para darse la vuelta y comenzar a apreciar la verdadera fuente de lo que han estado viendo. De hecho, aún si pudieran conseguir soportar el esfuerzo y dolor necesarios para darse la vuelta después de una vida de estar atrapados en el punto de vista fijo, les tomaría un período de tiempo considerable reconocer las formas originales que habían estado proyectando las sombras. Ellos todavía pensarían que las sombras son más reales que los objetos que las proyectaban hasta que pudieran hacer la transición perceptiva. Con el tiempo, podrían llegar a conocer la verdad acerca de sus vidas y finalmente incluso aprender a discernir la luz que les permite ver, pero que causa ceguera cuando brilla directamente sobre sus ojos.

Cuando más tarde volví a leer la alegoría de Platón, de su descripción deduje que él en realidad estaba escribiendo acerca de la experiencia mística, en esencia similar a la que yo estaba siendo adiestrado dos mil años después en el lejano Afganistán. Queda claro a partir del lenguaje experimental de Platón que él está describiendo un verdadero cambio en la percepción, no tan solo un ejercicio de pensamiento filosófico

Muchos años antes yo había leído esta alegoría en el contexto de una investigación filosófica. Las conclusiones a las que varios comentaristas antiguos y modernos arribaron siempre me habían dejado con la sensación de que algo no se había comprendido. Ahora comprendía que esta alegoría no tenía nada que ver con la filosofía convencional. Platón estaba trazando un mapa de la experiencia mística que era la única que hacía posible las percepciones que él describía.

Mientras estudiaba este asunto con más profundidad, descubrí el mismo mapa para la expansión de la percepción humana de la realidad en un número de textos básicos que iban desde el Corán a la poesía de Rumi. Tiempo después planteé el tema con Jamaluddin respecto a ver la conexión entre la experiencia Sufi y lo que yo pensaba que eran descripciones similares de misticismo en la literatura griega clásica.

Jamaluddin dijo:

- Nosotros llamamos Ibn Aflatun al Shaikh Ibn al-‘Arabi, uno de nuestros más grandes maestros del pasado. Esto significa “el hijo de Platón”. El Shaikh abrió muchas puertas para la gente del camino. Nadie ha escrito acerca del Sufismo con más autoridad que la que él tiene. Como tú sabes, nosotros estudiamos sus trabajos con mucha atención incluso hoy en día.

Era un hecho que el pensamiento griego, en particular los trabajos de Platón y Aristóteles, como así también las matemáticas griegas y las ciencias naturales, habían sido absorbidas por completo por la cultura islámica inicial, en los siglos ocho y nueve DC. Los musulmanes también adoptaron las obras neoplatónicas que incluían tratados sobre misticismo tales como las *Eneadas* de Plotino. La mayoría de los primeros pensadores y teólogos islámicos no pensaban que estos trabajos estuvieran en conflicto con las enseñanzas del Corán. Por el contrario, la mayoría de los filósofos musulmanes los consideraron consistentes con la revelación islámica.

Ibn al-‘Arabi nació en Andalucía en el siglo XII, quinientos años después del Profeta Muhammad. Para ese entonces la cultura islámica no solo había absorbido, sino que había desarrollado aún más las ideas místicas y filosóficas griegas. Este español, al que Jamaluddin tenía en tal alta estima, había tenido un impacto tan considerable en el pensamiento y misticismo islámico que, hasta estos días, también se le conoce como “El Mayor de los Maestros”.

---

<sup>20</sup> Nasir-i Khusraw, *Divan-i qasayid u muqatta’at* (Tehran: Duniyayi Kitab, 1347) Página 50. Traducción de Robert Darr.

<sup>21</sup> Corán 41:53